

de Corbeil que no llegaban más que cada dos días, sobre la deuda imposible de aumentar, sobre la proximidad de un rudo invierno...

No hay tiempo que perder—se decía;—si se quiere prevenir la guerra y el hambre, es preciso traer aquí al rey; si no los conjurados se lo llevarán.

Nadie sentía esto tan vivamente como las mujeres. Los sufrimientos habían sido cruelmente extremos para la familia y el hogar. Una mujer da la señal de alarma en la noche del sábado 3; viendo que su marido no había sido escuchado, corrió al café de Foy y denunció las escarapelas antinacionales, mostró el peligro público. El lunes una joven tomó un tambor, tocó generala y arrastró á todas las mujeres del barrio.

Estas cosas no se ven más que en Francia; nuestras mujeres tienen aspecto de bravas y lo son. El país de Juana de Arco y de Juana de Montfort y de Juana Hachette, puede citar cien heroínas. Hubo una en la Bastilla que más tarde partió para la guerra y fué capitana de artillería; su marido era soldado. El 18 de Julio, cuando el rey vino á París, muchas mujeres estaban armadas. Las mujeres fueron á la vanguardia de nuestra Revolución. No hay que extrañarse de ello. Sufrían antes y más que los hombres.

Las grandes miserias son feroces; hieren mucho más á los débiles, maltratan á las mujeres y á los niños más que á los hombres. Estos van, vienen, buscan hábilmente, se ingenian, concluyen por encontrar al menos para el día. Las mujeres, las pobres mujeres viven la mayor parte encerradas: hilan, cosen y no están en estado, el día en que todo falta, de buscarse la vida.

¡Hecho doloroso, digno de ser meditado! La mujer, ser relativo que no puede vivir sin otro, está más frecuentemente sola que el hombre. El en todas partes encuentra la sociedad, se crea relaciones nuevas. Ella no es nada sin la familia. Y la familia la consume, la agobia con todo su peso, que cae sobre ella. Se queda en el cuarto desamueblado y desnudo, con niños que lloran, ó enfermos ó agonizantes que no llorarán más...

Un hecho poco observado y, acaso, el que lastima más el corazón maternal, es que el hijo es ingrato.

Acostumbrado á encontrar en la madre una providencia universal que atiende todas las necesidades y caprichos, el niño acusa á la madre, duramente, cruelmente de cuanto le falta; grita y llora, agregando á su dolor un dolor más terrible.

Esto en cuanto á las madres... Pensemos también en que hay muchas jóvenes solas, tristes criaturas sin familia, sin sostén, que, demasiado débiles ó virtuosas, no tienen amigo ni amante, no conocen ninguna de las alegrías de la vida. Cuando su menguado oficio no bastaba á mantenerlas, no sabían qué hacer, de dónde sacar el pan y subían á la bohardilla y esperaban; muchas veces se las encontraba muertas.

Estas infortunadas no tienen bastantes energías para quejarse, revelar su situación y protestar contra la suerte. Las que se agitan y

mueven en tiempos de desolación son las fuertes, las menos castigadas por la miseria, pobres, pero no indigentes.

Las intrépidas que se lanzan son mujeres de gran corazón, que sufren poco por ellas mismas, pero mucho por las demás; la piedad inerte, pasiva en los hombres, resignada para los males de los demás, es en las mujeres un sentimiento muy activo, muy violento, que se torna heroico muchas veces y las lanza imperiosamente á los actos más osados.

El 5 de Octubre había una multitud de desventuradas criaturas que no habían comido desde hacía treinta horas.

Este espectáculo doloroso desgarraba los corazones y, sin embargo, nadie hacía nada, deplorando todos la dureza de aquellos tiempos.

En la noche del domingo, 4, una mujer animosa, que no podía ver aquel espectáculo más tiempo, corre del barrio de San Dionisio al Palais-Royal, se impone á la multitud que ensordecía con sus rugidos mismos y se hace oír.

Era una mujer de treinta y seis años, bien vestida, de honrada apostura, fuerte y osada. Quiere que se vaya á Versalles; ella irá á la cabeza. Se conmueve, y al relatar las penas de las demás suspira, solloza.

Al día siguiente parte de las primeras, con el sable en la mano; toma un cañón en la Ville, se pone á caballo delante y lo lleva á Versalles con la mecha encendida.

Entre los oficios que parecían morir con el antiguo régimen se encontraba el de escultor en madera. Para las iglesias, sobre todo, se trabajaba mucho en este género, que daba ocupación á muchas mujeres. Una de ellas, Magdalena Chaboy, había abierto una tiendecita en el Palais-Royal, bajo el nombre de Louisón; era una joven de diecisiete años, linda y espiritual.

Se puede asegurar que no fué el hambre lo que la arrastró á Versalles. Siguió la corriente general guiada por su buen corazón y su valor. Las mujeres la colocaron á la cabeza y la hicieron su oradora.

Había otras también á quienes no inspiraba el hambre: vendedoras, porteras, mujeres públicas, caritativas y compasivas, como suelen serlo todas las mujeres.

Había un considerable número de verduleras que deseaban más fervorosamente que las otras tener al rey en París.

Antes de esta época, hacía ya algún tiempo, no sé en qué ocasión, habían visto al rey y le habían hablado con una familiaridad que hizo reír, pero familiaridad encantadora que demostraba un perfecto sentido de la realidad: «¡Pobre hombre!—decían mirando al rey—¡querido hombre!, ¡buen papa!» Y más seriamente á la reina: «¡Señora, señora, abrid vuestro corazón! No ocultamos nada, decimos francamente lo que queremos decir.»

Estas mujeres de los mercados no sufren mucho la miseria, porque siendo su comercio el de las cosas más necesarias á la vida, ven la mise-

ria mejor que nadie y la sienten; viviendo siempre en la plaza no se les escapa un detalle del espectáculo de los ajenos sufrimientos, y por lo mismo nadie compadece tanto á los desgraciados ni es mejor para ellos.

MODAS DE LA REVOLUCIÓN



Uniformes que adoptaron los vencedores de la Bastilla (hombres y mujeres).—Están sacados de un periódico de la época, pero parece que no se generalizaron mucho estos uniformes.

Con formas groseras y palabras rudas y violentas, ocultan un corazón infinito de bondad y nobleza.

Hemos visto á las mujeres del mercado de Amiens, pobres vendedoras de legumbres, salvar al padre de cuatro niños que iba á ser guillotinado. Fué en los momentos de la consagración de Carlos X; dejaron

sus tiendas, sus familias y fueron á Reims; con sus lamentos hicieron llorar al rey, le arrancaron el perdón, y al regresar hicieron entre ellos una colecta abundante, y aquel padre condenado, su mujer y sus hijos, se vieron salvos y con dinero.

El 5 de Octubre, á las siete de la mañana, escucharon un redoble y no supieron resistir. Una joven había cogido un tambor en un cuerpo de

LA SÁTIRA DE LA REVOLUCION



MEA CULPA. MEA MAXIMA CULPA

Este es el título que llevaba al pie la presente estampa publicada en París cuando el pueblo comenzó á convencerse de la doblez de sus reyes. Luis XVI y María Antonieta, arrepentidos y arrodillados, entonan el «Mea culpa» ante los atributos del pueblo francés. Detrás del rey se ven algunas botellas vacías como símbolo de la embriaguez que algunos le atribuían.

guardia y salió tocando generala. Era lunes; los mercados quedaron desiertos; todas partieron.

«Traeremos—gritaban—al panadero, á la panadera... Y tendremos la dicha de oír á nuestra madrecita Mirabeau.»

Los mercados marchan y á la vez marcha todo el barrio de San Antonio. En el camino las mujeres obligan á las que encuentran á unirse al núcleo y amenazan á las que se niegan con cortarles los cabellos.

Antes van al Hotel de Ville, donde acababa de ser conducido un panadero que había vendido un pan de dos libras con siete onzas de menos. Aunque era culpable, la guardia nacional le dejó escapar y presentó las bayonetas á las cuatrocientas ó quinientas mujeres ya reunidas. En el fondo de la plaza estaba la caballería de la guardia nacional, preparada para atacar.

Las mujeres no se extrañaron ni amedrentaron por ello. A pedradas cargaron contra la caballería, y la infantería y la guardia no se atrevió á disparar contra ellas; forzaron la entrada del Hotel de Ville y penetraron en sus oficinas.

Muchas de aquellas mujeres estaban bien vestidas; se habían puesto de punta en blanco para aquel gran día. Preguntaban curiosamente para qué servía cada sala y rogaban á los representantes de los distritos recibieran bien á las que habían sido conducidas á la fuerza, muchas de las cuales estaban embarazadas ó enfermas, acaso de miedo.

Otras mujeres, desherrapadas, hambrientas, salvajes, gritaban: «¡Pan y armas!» Los hombres estaban asombrados, viendo como las mujeres les enseñaban á tener valor...

Las mujeres exaltadas querían quemar todos los papeles, todos los documentos, quemar los muebles, acaso el edificio... Un hombre las detiene, un hombre muy alto, vestido de negro, de rostro serio y más triste que el traje.

Al principio querían matarle, creyendo que era empleado ó miembro del Hotel de Ville, acusándole de traidor... Respondió que no era traidor, era síndico de su gremio, uno de los vencedores de la Bastilla. Era Estanislao Maillard.

Aquella mañana había trabajado útilmente en el barrio de San Antonio.

Los voluntarios de la Bastilla, bajo el mando de Hullin, estaban en la plaza sobre las armas; los obreros que demolían la fortaleza creyeron que habían sido enviados contra ellos.

Previendo la colisión, Maillard se interpuso. En el Hotel de Ville tuvo también la fortuna de evitar el incendio.

Las mujeres jurábanse no dejar entrar á los hombres, y para ello habían puesto centinelas armadas en la puerta principal.

A las once los hombres atacan una puerta pequeña que daba bajo la arcada de San Juan. Armados de palanquetas, martillos, hachas y picos, forzaron el depósito de armas.

Entre ellos se encontraba un guardia que aquella mañana habían querido ahorcar los moderados, tan furiosos como los otros, y que milagrosamente se había salvado... Por represalia tomaron un hombre del Hotel de Ville para ahorcarlo; era el bravo abate Lefevre, el repartidor de la pólvora el 14 de Julio; las mujeres ú hombres disfrazados de mujeres lo colgaron efectivamente; una ó uno de ellos cortó la cuerda y el abate cayó, solamente aturdido, en una sala, veinticinco pies más abajo de su horca.

Ni Bailly ni Lafayette habían llegado. Maillard va á buscar al general y le dice que no hay más que un medio de que todo concluyera; que él mismo, Maillard, lleve á las mujeres á Versalles. Este viaje daría tiempo para preparar las fuerzas de París. Baja, bate el tambor y se hace oír.

La figura fríamente trágica del grande hombre, vestido de negro, causa buen efecto; parece hombre prudente, capaz de resolver bien el asunto. Los mujeres que partían ya, con los cañones de la ciudad, le proclaman su capitán. Se pone á la cabeza con ocho ó diez tambores; siete ú ocho mil mujeres le seguían, algunos centenares de hombres armados y, finalmente, por retaguardia, una compañía de voluntarios de la Bastilla.

Llegados á las Tullerías, Maillard quiere seguir la calle; las mujeres querían pasar triunfalmente bajo el reloj, por el palacio y el jardín.

Maillard, observador de las formas, les hace notar que aquella era la casa del rey, el jardín del rey, y atravesarlos sin su permiso era insultar al rey. Se acerca correctamente al suizo de guardia y le dice que aquellas mujeres querían pasar solamente sin hacer el menor daño. El suizo saca la espada y se arroja sobre Maillard; éste saca la suya... Una puerta, felizmente abierta, hace caer al suizo; un hombre le pone su bayoneta en el pecho. Maillard lo detiene, desarma fríamente á los dos hombres y recoge la bayoneta y las espadas.

Avanzaba la mañana y aumentaba el hambre. En Chaillot, en Auteuil, en Sevres era muy difícil impedir á los pobres hambrientos que robasen alimentos. Maillard no lo tolera. Al llegar á Sevres la gente no podía resistir más. En Sevres no había nada, ni aun comprándolo; todas las puertas estaban cerradas menos una, donde encontraron un enfermo. Maillard buscó, pagándolos, unos vasos de vino y los dió á aquel pobre hombre. Después designó á siete hombres y los encargó de traer á los panaderos de Sevres con cuanto tuvieran.

Entre todos tenían ocho panes, treinta y dos libras para ocho mil personas... Se reparten en medio de hermosos desprendimientos y se continúa la marcha.

La fatiga decide á muchas mujeres á arrojar sus armas. Maillard las convence poco á poco de que van á hacer una visita al rey á la Asamblea, á quejarse ante ellos y enternecerlos, y para esto no hace falta el equipo guerrero. Los cañones fueron dejados en el camino y ocultados como se pudo. El hábil síndico quería evitar el escándalo. A la entrada de Versalles, para demostrar su intención pacífica, hizo cantar á las mujeres el himno de Enrique IV.

Las gentes de Versalles estaban asombradas, gritaban: ¡Vivan nuestras parisienses! Los espectadores extranjeros no veían nada que no fuese inocente en aquella multitud que iba á pedir socorro á su rey.

Un hombre poco favorable á la Revolución, el ginebrino Dumont, que comía en los palacios de los Petites Ecuries y que miraba por la ventana, dijo: «Todo este pueblo no pide más que pan.»

La Asamblea había sido aquel día muy tempestuosa. No queriendo sancionar el rey ni la Declaración de los derechos ni los acuerdos del 4 de Agosto, con el pretexto de que no se podía juzgar las leyes constitutivas sino en su totalidad, accedería sin embargo, atendiendo las alarmantes